

PRESENTACION

Este volumen recoge los trabajos realizados con motivo del V Simposio Internacional de Teología, celebrado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra durante la semana de la Pascua de Cristo, en los días 6 al 8 de abril de 1983.

El tema de la «Reconciliación y Penitencia» es el que ha polarizado los esfuerzos de organizadores y participantes. Nuestra Facultad, que ya se había ocupado de estas cuestiones en otro momento¹, a propósito del nuevo Ritual de la Penitencia aprobado por el Papa Pablo VI en 1973 y editado en 1974, quiso ver entonces la clave interpretativa del nuevo ordenamiento litúrgico en la celebración sacramental de la Penitencia y ofrecer unos estudios que ayudasen a su verdadera implantación en la Iglesia, de acuerdo con el espíritu del Concilio Vaticano II. Ahora ha querido responder a la insinuante llamada del Papa Juan Pablo II, que asignó como tarea a estudiar en el próximo Sínodo de Obispos «La Reconciliación y la Penitencia en la misión de la Iglesia»².

Con ocasión del Sínodo se ha buscado recabar la participación, no sólo de las Conferencias Episcopales sino también de otros organismos y aun de la Iglesia entera, «para estimular una reflexión en las iglesias locales, para recibir las informaciones, consejos y sugerencias que puedan ser útiles en la futura discusión sinodal, y para suscitar cuanto antes un movimiento de adhesión espiritual y de oración que disponga los ánimos hacia la 'metánoia' que está en la raíz del tema sinodal»³.

1. Cfr. AA. VV., *Sobre el sacramento de la Penitencia y las absoluciones colectivas* (EUNSA), Pamplona 1976.

2. Cfr. SÍNODO DE LOS OBISPOS, *De reconciliatione et Paenitentia in missione Ecclesiae* (Lineamenta), Poliglota Vaticana, 11-1-1982, p. 3. A este documento preliminar ha seguido el *Instrumentum laboris*, aparecido en 1983.

3. *Lineamenta*, núm. 3.

Si completamos esta convocatoria, que abarca a todos los fieles, con estas otras palabras del documento preliminar de la Secretaría General del Sínodo: «El Sínodo de los Obispos persigue finalidades pastorales, basadas, sin embargo, sobre un sólido fundamento doctrinal»⁴, se comprenderá fácilmente la oportunidad —por no decir la necesidad— de habernos embarcado en un mismo curso de intenciones y tareas. Nada más natural que una Facultad de Teología identifique su específica función universitaria con el servicio de la Iglesia.

Esta intención inicial, ya firme y perfectamente definida, se vio alentada por dos hechos singulares: la proclamación como Año Jubilar del 1950 aniversario de la Redención, y la Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los Obispos de todo el mundo al enviarles el *Instrumentum laboris*. En la Carta, Juan Pablo II confiesa sus sentimientos y esperanzas: «Sabéis con qué anhelo, con qué deseo y con qué alegría me preparo para tal jubileo, y de esta alegría y de este anhelo deseo participéis también todos vosotros. Veo una coincidencia providencial en el hecho de que la Asamblea del Sínodo se celebre justamente en el Año Jubilar de la Redención, sobre el tema: 'la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia'»⁵.

El Papa ha reafirmado con frecuencia esas orientaciones⁶. Como expresión sintética de su pensamiento podemos tomar unas palabras que subrayan el papel del *Documento de trabajo*: «Puede ayudar no solamente a los miembros del Sínodo, sino al Episcopado, al

4. *Ibid.*

5. JUAN PABLO II, *Carta a los Obispos* (25-1-1983) con motivo de la presentación del *Instrumentum laboris*, 1, en *Ecclesia* (5-3-1983), p. 296.

6. Entre otros textos, nos parece particularmente significativo éste de la carta citada en la nota anterior:

«Puesto que una de las finalidades principales del Año de la Redención es también la de hacer vivir de forma particularmente intensa, más aún, si fuera necesario, de descubrir nuevamente la fuerza renovadora de la vida sacramental en la Iglesia, será necesario, por parte de todos vosotros, queridísimos hermanos en el Episcopado, un compromiso particular para proponer y para actualizar una pastoral de los sacramentos cada vez más apropiada. Entre éstos, especialísima atención deberá prestarse al sacramento de la Penitencia..., a fin de favorecer una digna y fructífera preparación de los espíritus a la reconciliación con Dios, mediante la cual llega particularmente a los hombres la gracia de la Redención. El sacramento de la confesión es insustituible medio de conversión y de perfeccionamiento espiritual, que invita a recomponer la alianza con Dios, rota por el pecado. Está también ordinariamente vinculado a las condiciones para entrar en el circuito de santidad y de perdón, que denominamos tradicionalmente con el nombre de 'indulgencia'. Repito, por ello, en orden a la acción pastoral de las diócesis, todo cuanto se ha subrayado ya en torno a la necesidad de una recuperación del sentido del pecado, tan estrechamente unido con la recuperación del sentido de Dios» (*Ibid.*, núm. 5).

clero y a los fieles todos en la meditación del misterio de la Redención, impulsándolos a vivir en profundidad, en el ámbito concreto de las iglesias locales, el espíritu de este Año Santo y reavivando en las conciencias el sentido de Dios y del pecado, de la grandeza del perdón de Dios y de la importancia del sacramento de la Penitencia para el crecimiento del cristiano y del hombre y, en definitiva, para la renovación misma de la sociedad»⁷.

En esta dirección caminan las coordenadas del Simposio. Como acertadamente indicaba el arzobispo de Oviedo, monseñor Díaz Merchán, que dictó la conferencia inaugural, éste iba a ser el «marco referencial» de las conferencias de los profesores durante la mañana, y de las aportaciones de los coloquios en las sesiones de trabajo por la tarde.

En cuanto al punto de partida, que es el hecho del pecado, el Presidente de la Conferencia Episcopal Española explica la realidad conflictiva en que vive inmersa nuestra sociedad contemporánea, señalando que su raíz está en el pecado: «Los cristianos sabemos que el origen de la ruptura que experimenta el hombre en su propia interioridad y en su vida de relación con sus semejantes, es el pecado, la rebelión contra el designio amoroso de Dios, que nos creó y nos puso en el mundo para que viviéramos en su amistad, con la dignidad de ser hijos suyos». Y el síntoma más grave detectado por el arzobispo de Oviedo es éste: «Se ha debilitado entre nosotros el *sentido del pecado*».

Otro punto del mayor interés es este párrafo programático de la conferencia inaugural: «Como ha recordado recientemente el Santo Padre, Juan Pablo II, al convocar el Sínodo, el tema de la reconciliación y de la penitencia es de vital importancia para la Iglesia y para el mundo. Si acertamos a revitalizar el ministerio de la reconciliación de la Iglesia, haremos un gran servicio a los hombres contemporáneos, quienes, pese a sus maravillosos progresos científicos, para conseguir un verdadero progreso humano están necesitados de la gracia del perdón y de la reconciliación, que Cristo Salvador nos ha ganado con su sangre».

La fundamentación bíblica de los temas básicos del Simposio: pecado, conversión, misericordia divina, reconciliación, dimensión penitencial de la vida cristiana, el papel de Cristo Redentor, etc.,

7. *Ibid.*, núm. 2.

corre a cargo del profesor Domingo Muñoz, colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.

En un texto necesariamente apretado y denso describe el mensaje del Nuevo Testamento sobre la dimensión penitencial de la conversión cristiana. «Pero —añade enseguida— sería imposible hablar de 'conversión' sin hablar de pecado y reconciliación. Los tres conceptos están íntimamente relacionados». El propósito lo lleva a cabo utilizando una óptica giratoria —a semejanza del que contempla un magnífico diamante tallado, que se observa sucesivamente por todas sus caras—, con el fin de escudriñar con toda paciencia y esmero los distintos autores y documentos del Nuevo Testamento.

La conclusión a la que llega el Dr. Muñoz es que, «para el conjunto del Nuevo Testamento, desde la predicación de Jesús hasta las síntesis teológicas de Pablo y Juan, el comienzo y contenido del Evangelio consiste en la revelación de Dios como Amor misericordioso, que ofrece el perdón e invita a convertirse al hombre pecador... A la vez el Evangelio es la revelación del pecado del mundo, del alejamiento de Dios, de no reconocer en los demás hombres a hermanos... En los sacramentos cristianos —por voluntad de Cristo— es donde se aplica al pecador el beneficio de la muerte de Cristo. La conversión cristiana es obra de la gracia de Cristo por el ministerio de la Iglesia. La conversión cristiana tiene una primera realización en el bautismo: fe, arrepentimiento, sacramento, purificación y recepción del don del Espíritu Santo, promesas y compromisos bautismales de una vida nueva en Cristo. Una segunda realización es el sacramento de la reconciliación: fe, arrepentimiento, confesión a la Iglesia, absolución y satisfacción. Segunda tabla de salvación, en la que se aplica a los caídos después del bautismo el beneficio de la muerte redentora de Cristo».

Aparte del diálogo con los ponentes, la sesión de la tarde ofreció la oportunidad de escuchar la lectura de su *comunicación* a los profesores Bandera, de España; Elders, de Holanda; McInerny, de Estados Unidos; Starowieyski, de Polonia; Stöhr, de Alemania, entre otros.

El centro cronológico del Simposio lo ocupan las ponencias de los profesores Alvira y Sancho Bielsa, Ordinario de Filosofía y Agregado de Teología sacramentaria respectivamente en la Universidad de Navarra. La conferencia del Dr. Alvira lleva por título: *El pro-*

blema de la debilidad del espíritu, y quiere ser una aportación desde el campo de la filosofía, en un afán interdisciplinar por dar alcance a los temas planteados con una perspectiva de antropología cristiana.

Si no hubiera pecado —huída de Dios—, no habría retorno a Dios —conversión— y no tendría por qué ofrecer Dios su misericordia —reconciliación—, ni existiría tampoco el sacramento de la Penitencia. Por eso es preciso buscar la clave de esta mentalidad secularizada de nuestro tiempo que niega la realidad del pecado, y descubrir la inconsistencia o hueco de su pedante y a todas luces falsa afirmación de inocencia.

La desgracia del hombre «moderno» no radica en que sea pecador, como el de otros períodos de la historia desde el origen mismo de la humanidad, sino en que niega su condición de pecador y consiguientemente no se arrepiente porque piensa que no tiene de qué arrepentirse. Es como un pecado trascendental que intenta repetir el primer pecado de los hombres, ahora con esta fórmula: somos tan «justos», tan inocentes, tan santos como Dios, porque somos justos, inocentes, santos. Con razón sentencia el profesor Alvira: «El que rechaza a Dios se convierte a sí mismo en Dios».

De ahí que lo primero que niega la mentalidad secularizada es el pecado original, que es la fuente de todos los pecados de la historia. En este sentido dice el profesor Alvira: «El humanismo lleva a cabo en la filosofía moderna un movimiento que pretende conducir progresivamente a deshacer el entuerto del pecado original. Reconocer el pecado original es reconocer al mismo tiempo que no hay superioridad del hombre, que hay una debilidad del espíritu humano. El humanismo conduce a decir que el hombre no tiene pecado original, que no es verdad que haya habido tal cosa. Esto está afirmado con toda nitidez en algunos de los grandes pensadores que han sacado las consecuencias del pensamiento moderno. Está dicho por Rousseau, está dicho por Nietzsche, está dicho por Carlos Marx de una forma taxativa. Yo no he hecho otra cosa que predicar, dice Nietzsche, la inocencia de hombre. El hombre es un ser inocente».

Nuestra conferencia sobre *el pecado y la gracia* podemos resumirla diciendo que, en consonancia con el *Instrumentum laboris* del Sínodo próximo, aspira a dibujar el diagnóstico de la situación actual —en la sociedad, en la familia, en el individuo—, para venir

a parar en la afirmación inequívoca del pecado del hombre. Por este lado, es una respuesta teológica a la preocupación del humanismo advertida por el profesor Alvira.

En la pérdida del sentido del pecado confluyen diversos factores: la teoría marxista que inculpa de los males a las estructuras, diluyendo la responsabilidad individual; los planteamientos positivistas o pragmatistas que niegan la moralidad reduciéndola a utilidad o a reflejo de la sociología; algunos planteamientos existencialistas o freudianos en torno a la opción fundamental y a la psicología de lo profundo. La consecuencia es un obscurecimiento de la doctrina sobre la libertad y sobre el destino trascendente de la persona humana, con las que el pecado está en estricta conexión.

El *iter* histórico-teológico de la noción de pecado recibe un amplio tratamiento, desde la enseñanza de Santo Tomás de Aquino, que supo ensamblar magistralmente el patrimonio heredado de San Ambrosio de Milán y de San Agustín.

En la historia de la salvación, sin embargo, el pecado no es lo decisivo: lo decisivo es la misericordia de Dios que actúa con su gracia instando al perdón. En síntesis podemos decir que existe el pecado y existe también la gracia que lo borra y contrarresta. No todo es pecado, ni tampoco todo es gracia, sino que coexisten paralelamente en diversos sujetos o en distintos momentos del mismo sujeto. Y al hacer estas afirmaciones tenemos la certeza de que la gracia de Dios puede más, como se ha revelado en el misterio de la Redención cristiana en el que el Amor se ha impuesto al pecado.

Las *comunicaciones* más directamente relacionadas con estos temas igualan en número a las del primer día. Entre los que leyeron sus trabajos recordamos a los profesores García Moreno y Varo, de Sagrada Escritura; Gil Hellín, de Teología Dogmática; Illanes Mestre, de Teología Fundamental; Ramos-Lissón, de Patrología, etc. Otros no se leyeron por falta de tiempo o porque los autores no se hallaban presentes. Su estimable aportación, sin embargo, queda reflejada en las actas con la publicación del texto que nos remittieron.

Al Sacramento de la Penitencia se dirigían las reflexiones de la tercera jornada con las conferencias de monseñor Jorge Medina y monseñor Inos Biffi. Monseñor Medina, Gran Canciller de la Universidad Católica de Santiago de Chile y miembro de la Comisión Teológica Internacional, aborda *el sacramento de la Penitencia*

y su *fundamento teológico* para dar una respuesta doctrinal a la crisis imperante recordada en la conferencia inaugural y por él mismo. Sus reflexiones fluyen por el curso de estos tres puntos: sacramentalidad de la Penitencia, su necesidad, y el arrepentimiento, determinadas por la franja de problemas que pueden observarse en no pocos lugares.

Según el profesor Medina, esos problemas son: «El debilitamiento de la conciencia del pecado; la ignorancia de que la conversión es un don de Dios y de que sólo puede tener su origen en la gracia; la insuficiente disponibilidad de sacerdotes para este ministerio; la disparidad de criterios entre los sacerdotes para resolver ciertos problemas morales, en materias que no son objetivamente dudosas; la heterogeneidad de criterios para aplicar en la práctica las así llamadas 'absoluciones generales'; la falta de clara conciencia moral en los fieles, como consecuencia de una catequesis defectuosa o de la aceptación de pseudo-principios psicológicos que tienden a interpretar todo pecado exclusivamente como una patología psíquica... Tengo la convicción —afirma el profesor Medina— de que muchas de estas fallas nacen de deficiencias doctrinales, así como estoy persuadido de que toda correcta actitud pastoral tiene como necesario fundamento una postura de ortodoxia doctrinal».

El autor muestra una enorme voluntad de aproximación a las posturas divergentes, con el fin de alcanzar un campo común de diálogo para la rectificación de las soluciones insuficientes o equivocadas que se están dando a nivel teórico y práctico. Y no es menor el propósito de acercar la especulación teológica a la vida del Pueblo de Dios. Refiriéndose a los pecados internos, dice: «Destruyen en primer lugar, como todo pecado, a quien los comete, y es bien posible que no sea comprobable experimentalmente su comisión. Pero quien está en pecado, carece de la energía sobrenatural que pone una impronta de Evangelio en todos los actos de la vida. No es que todas las acciones que realice esa persona tengan que ser necesariamente malas, pues la gracia actual también puede actuar y actuará en ella, pero la no-inhabitación de la Trinidad en su ser significará necesariamente una disminución en su dinamismo cristiano, y esa debilidad interior se traducirá a su vez en un menor aporte a la Iglesia».

Para completar las consideraciones del sacramento de la Penitencia, monseñor Biffi, Ordinario de Historia de la Teología de la

Facultad Teológica de Italia Septentrional, ubicada en Milán, estudia el papel del ministro o, de manera más englobante, del ministerio de la Penitencia, destacando el carácter eclesial de este ministerio, lo que le lleva a la conclusión de que sólo en la Iglesia y por la Iglesia se obtiene el perdón de los pecados, mediante el sacramento de la Penitencia.

En el tratamiento del ministerio eclesial de la Penitencia, el profesor Biffi incorpora los aspectos válidos de la teología de nuestro tiempo, manteniendo a la vez sin ningún complejo —como buen profesional de la Historia— la continuidad en la herencia de la Iglesia. Este párrafo lo confirma: «Punto imprescindible de referencia para la teología católica en el tema de la penitencia es el Concilio de Trento». Desde esta afirmación, que revela un método y una epistemología, hará la exégesis de la enseñanza tridentina, analizada en su contexto histórico frente a la Reforma y en su valor intrínseco u objetivo.

Desde esta óptica del ministerio eclesial de la reconciliación, el profesor Biffi no podía dejar de preguntarse —lo mismo que se ha venido preguntando por la relación penitencia-Iglesia— sobre la relación penitencia-Eucaristía, uno de los problemas más vivos en la teología sacramental de nuestros días. La solución que da a este interrogante es típicamente clásica, a tenor de la *consuetudo ecclesiastica* invocada por Trento.

Una cierta argumentación, difícil de aprehender en el polieidoscópico del profesor Biffi, puede situarse en este párrafo: «La Eucaristía es para la *generación* de la Iglesia. Al contrario, el pecado se opone al sacrificio de Cristo, rompe la comunión salvífica con él; por consiguiente es la antítesis de la Eucaristía, el Sacramento que lo «contiene»; de modo rigurosamente correlativo, y más aún coincidente, el pecado actúa en sentido de separación respecto a la comunidad que nace del sacrificio de la Cruz, que se constituye como Cuerpo de Cristo a partir de la Eucaristía. La culpa —naturalmente el pecado mortal— separa de la Eucaristía y a la vez de la Iglesia que procede de ella».

En torno a estas dos ponencias se agrupa el mayor número de *comunicaciones*. Queremos destacar, por la temática que abordan, la del profesor Bandera, acerca del Magisterio de Juan Pablo II sobre la Penitencia; la del profesor Miralles, que trata de la confesión previa a la Comunión; la del profesor Adeva, planteando la oportunidad de las confesiones durante la Misa en busca de una

pastoral realista; la del profesor García Ibáñez, que trata el tema de las absoluciones colectivas; la de los profesores Sarmiento, Belda y Pedrós, que estudian distintos aspectos del *ius divinum* en Trento y su entorno relacionado con la necesidad de la confesión.

La conferencia de clausura lleva por título: *La disciplina penitencial en el nuevo Código de Derecho Canónico*, a cargo del profesor Carmelo de Diego-Lora, vicedecano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra. Es un análisis y glosa exhaustivos de los 25 cánones que el nuevo Código dedica al sacramento de la Penitencia, integrando el comentario con los documentos del Concilio Vaticano II —junto con la legislación posterior—, que han tenido influencia real en la continuidad y desarrollo de la doctrina y práctica de la Penitencia.

El Dr. de Diego-Lora no elude ninguna dificultad y, con su bien probada mentalidad jurídica, trata de dar respuesta a cuantos interrogantes se pueden plantear a la luz de las nuevas disposiciones de la Iglesia. Muchos agradecerán este estudio teológico-canónico, que es una primicia valiosísima de la reciente legislación eclesiástica. Nosotros se lo agradecemos muy sinceramente.

No es usual en la organización de nuestros Simposios dar lectura a *comunicaciones* durante la última jornada, ni lo fue en la presente edición. No obstante, para proporcionar el reparto de trabajos, agrupamos en torno a la conferencia de clausura del profesor de Diego-Lora los cuatro trabajos presentados por el catedrático de Derecho Canónico de Oviedo, Dr. González del Valle, y por los profesores Labandeira, Tejero y Martín de Agar, de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra.

Concluyo esta presentación con el capítulo de agradecimientos. Agradecimiento, en primer lugar, al Gran Canciller de la Universidad, Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Alvaro del Portillo y Díez de Sollano, que con tanto interés sigue e impulsa los trabajos de la Facultad de Teología. Con él, al Excmo. Rector Magnífico, Dr. D. Alfonso Nieto, presente en el acto de apertura y fiel transmisor de los desvelos del Gran Canciller. Al Decano de la Facultad, Dr. Illanes, a la Junta Directiva y al Claustro de Profesores, que sienten y viven las tareas del Simposio como propias, siendo los verdaderos autores de este acontecimiento que se renueva cada año desde hace otros cinco. Otro tanto cabe decir de la Facultad de Derecho Canónico. Agradecimiento al Comité organizador por su colaboración

más cercana, continuada y eficaz: profesores Eloy Tejero, Antonio Fuentes, César Izquierdo, y Juan Belda como secretario.

Agradecimiento finalmente a todos los participantes, tanto profesores como canónigos penitenciarios, que aportaron su ciencia y su experiencia pastoral; y a cuantos, de una manera o de otra, han contribuido a nuestro trabajo universitario.

Las jornadas del Simposio han terminado. En estas Actas se recoge el resultado de los trabajos, con la esperanza de continuar contribuyendo a la profundización en el mensaje cristiano de la reconciliación y la penitencia y, concretamente, en ese sacramento de la confesión, que manifiesta como ningún otro las «entrañas de misericordia» que inspiran todo el plan de Dios (cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Camino*, n. 309).

Pamplona, 28 de junio de 1983.

Jesús SANCHO BIELSA

Presidente del Comité Organizador del
V Simposio Internacional de Teología